

LA HERMENÉUTICA ANALÓGICO-ICÓNICA DEL SÍMBOLO EN EL PENSAMIENTO RECIENTE DE MAURICIO BEUCHOT

José Ángel del Moral Palacio, O.P.

Centro de Estudios Filosóficos Tomás de Aquino, León, Guanajuato.

Resumen: En el contexto de la cultura y la filosofía postmodernas, y, por otra parte, ante la recuperación hermenéutica del logos simbólico, caído en el descrédito o en el olvido a raíz de la instauración de la razón moderna como metarrelato totalizante, uno de los intentos más sugerentes de responder a las aporías filosófico-culturales es el del filósofo mexicano Mauricio Beuchot, con su propuesta de una hermenéutica analógica, tema al que ha dedicado ya varios tomos. En sus primeros textos ha tratado de proponer los fundamentos teóricos para su discurso hermenéutico; en los últimos textos busca hacer una aplicación de su teoría general a problemáticas más concretas en el ámbito de la ética (alteridad, antropología y humanismo), religión y metafísica, mediante una reflexión sobre la realidad icónica.

El ser humano ha sido definido como “animal simbólico”. En efecto, uno de los rasgos que lo definen y lo diferencian del resto de los animales es su capacidad de simbolización de la relación de la persona con el mundo y los entes. El símbolo no es algo exclusivo de los niños, de las personas neuróticas, o de los pueblos llamados “primitivos”. Es, antes bien, consubstancial al ser humano, constituye una parte fundamental de una vida humana integral y es anterior al lenguaje y a la razón discursiva. Ser persona es “simbolizar la existencia”¹. Entender simbólicamente es aprender a mantener la tensión

¹ Expresión de Vergote, citada por Juan José TAMAYO-ACOSTA en su libro *Hacia la comunidad. 3. Los sacramentos, liturgia del prójimo* Madrid, Trotta, 1995.

referencial del “*aliud dicitur et aliud intelligitur*”, según el principio de san Agustín².

Y, sin embargo, para la mentalidad racionalista o moderna, el mundo de los símbolos, al que se consideraba una etapa pasajera en el proceso evolutivo de la humanidad, estaba llamado a desaparecer y a ser superado por el pensamiento “racional”. Actualmente sabemos ya que la razón moderna no es la única que existe; sabemos que hay varios tipos de racionalidad, distintas “razones”, una de las cuales es la discursiva. Otra es la razón simbólica. Y es justamente esta razón, que estuvo tan desvalorizada en gran medida, y en cierta manera olvidada, durante bastante tiempo, la que empieza a ser “re-descubierta”, después del derrumbe del meta-relato que constituyó la razón moderna, como una alternativa a dicha forma absolutizante y unívoca de discurso.

Es en ese sentido que me parece pertinente presentar ahora, aunque de forma tal vez algo sucinta, los rasgos generales del pensamiento reciente de Mauricio Beuchot al respecto de la realidad icónico-simbólica, de la razón simbolizadora y de su dimensión hermenéutica, tarea que nos ha sido facilitada gracias a la claridad y sistematicidad del autor.

Beuchot se ha dedicado más, o se siente más a gusto, dedicándose al aspecto fundacional o fundamental de las disciplinas, no pocas, a las que se ha dedicado. Su reciente libro, *Las caras del símbolo: el ícono y el ídolo*³, es un texto que, en consonancia perfecta con su obra anterior, nos presenta ahora un discurso de orden más interdisciplinar. De lo que se trata es de la aplicación de la tesis principal que ha venido desarrollando desde hace ya varios años, a saber, la hermenéutica analógica, al tema de la alteridad, de la ética, de la religión y de la metafísica, mediante una reflexión sobre la realidad icónica.

La hermenéutica analógico-icónica es una forma de pensamiento que, como él nos lo recuerda en la introducción, trata de responder a la problemática del sentido de la realidad, cuestión por demás actual y candente ante la crisis de la modernidad y de la caída de los meta-relatos.

Se trata, pues, de pensar la alteridad por medio de la abstracción analógica e icónica o metafórica (translación de sentidos y referencias; tensión entre el sentido literal y el sentido figurado), preservando así la diversidad dentro de la uniformidad; de pensar una metafísica hermanada con la poesía (estética) y la mística (religiosidad), aunque sin abandonar la referencia a la metonimia (el paso de los efectos a las causas, de las partes al todo, de los

² Cf. José María GARCÍA PRADA, “Las dificultades de la experiencia religiosa”, en José María GARCÍA PRADA (Coord.), *Valores marginados en nuestra sociedad*, Aletheia, Salamanca, San Esteban, 1991, p. 130.

³ Mauricio BEUCHOT, *Las caras del símbolo: el ícono y el ídolo*, Esprit, Madrid, Caparrós, 1999, 111 pp.

individuos a los universales), por la cual se construye la ciencia, ni la dimensión ética. La reflexión sobre estos temas servirá de acercamiento, según Beuchot, para una reflexión sobre la Trascendencia o el Trascendente en esta llamada "época del fragmento".

La obra se divide en diez capítulos, comenzando con una síntesis de su concepto de hermenéutica analógico-icónica y del contexto de crisis de la modernidad en que surge (cap. 1), y de la noción de analogía y de ícono (cap. 2), que culmina con un llamado urgente a revisar nuestras técnicas actuales de interpretación. Es en este segundo capítulo donde se presenta con más detalle su modelo de hermenéutica basado en la analogía y el ícono.

Este tema de la aplicación de la hermenéutica analógica a otras disciplinas mediante una reflexión sobre la realidad icónica, ya ha sido señalado por Beuchot en obras anteriores. Por no citar sino su producción más reciente, queremos mencionar la segunda edición de su *Tratado de hermenéutica analógica*⁴, en donde, además de corregir algunas secciones, dándoles mayor precisión y claridad respecto de la primera edición, y de añadir varios párrafos, el autor incluye como apéndice un capítulo final intitulado "Hacia una hermenéutica analógico-icónica del símbolo".

En dicho capítulo nos dice Beuchot que "la misma analogicidad nos conecta, sin poder evitarlo, con la iconicidad y la simbolicidad. Por eso tenemos que comenzar a hablar ya de una hermenéutica analógico-icónica, o analógico-simbólica. La analogía nos conecta con la iconicidad porque el ícono, según Charles S. Peirce, es lo propiamente analógico" (p. 185). De hecho, en este capítulo se presenta su noción de analogía y de símbolo de una forma más desarrollada que en el capítulo 2 de *Las caras del símbolo*, por lo cual me parece interesante recuperar algunas de las ideas allí contenidas.

En el *Tratado*, Beuchot comienza refiriéndose a la noción de signo en Peirce (pp. 185-187), la misma idea que retomará en *Las caras del símbolo*, aunque de forma más sintética (p. 21). Según Peirce, el signo se divide en tres clases: índice, ícono y símbolo. El índice implica la presencia de la cosa designada, y a veces la exige: es el signo unívoco por excelencia. El símbolo lo considera en el sentido aristotélico del término, como signo arbitrario, convencional: es el signo más cercano a la equivocidad, pues es solamente impuesto por el hombre. Finalmente, el ícono sería un signo intermedio; no presencia cabal ni tampoco completa ausencia: es algo limítrofe, analógico. En este sentido –señala Beuchot–, la noción de "ícono" en Peirce coincide con la de "símbolo" en Cassirer y Ricœur. Es por ello que Beuchot prefiere hablar del "símbolo-ícono".

⁴ Mauricio BEUCHOT, *Tratado de hermenéutica analógica. Hacia un nuevo modelo de interpretación*, México, UNAM, 1999². Por mencionar otro texto del mismo autor en que trata esta misma temática, podríamos citar: Mauricio BEUCHOT, *Perfiles esenciales de la hermenéutica*, México, UNAM, 1999².

Viene, en segundo lugar, la división peirceana del ícono (que es lo análogo) en tres clases: imagen, diagrama y metáfora. Esto nos indica que la imagen icónica no es vista como copia exacta (unívoca), sino sólo proporcional. También nos indica que la metáfora es vista como una de las formas de la analogía y que, al abarcar el diagrama, la analogía envuelve también la metonimia. De manera que “un modelo analógico de la hermenéutica abarca el modelo metafórico y el metonímico como partes suyas. Y de esta manera, igualmente el ícono peirceano se corresponde con el símbolo en el sentido tradicional, de signo analógico” (p. 186).

La analogía es limítrofe entre la semejanza y la diferencia, entre la univocidad y la equivocidad, aunque participa más de esta última; y se divide en analogía de desigualdad, de atribución, de proporcionalidad propia y proporcionalidad impropia. Y de manera similar le corresponden la imagen, el diagrama y la metáfora (divisiones del ícono, según Peirce):

La imagen siempre implica desigualdad; nunca es copia perfecta; contiene desigualdad, analogía de desigualdad, es sólo análoga. La imagen corresponde asimismo a la analogía de atribución, pues es mejor la imagen que más se acerque al original.

El diagrama se corresponde mejor con la analogía de proporcionalidad propia, pues el que haya diagramas mejores que otros se debe a la proporción que guardan con lo representado, no tanto en sus cualidades sino en las relaciones que pretenden modelar, representar.

La metáfora se ve recogida en la analogía de proporción impropia; impropia, no en tanto que proporcione menos conocimiento de lo que representa, sino en que lo representa de manera más diferente, casi rayana en lo equívoco.

En todo caso, “la analogía se distiende como la iconicidad, coincide con ella hasta en sus modos. Y el ícono coincide con el símbolo: es el signo que conduce a aquello que significa. Pero conduce de manera limitada, limítrofe. Sólo de manera analógica” (p. 187).

El ícono es el signo que, en los fragmentos, nos hace ver el todo, que exhibe la totalidad en los pedazos, incluso en uno solo. Por otra parte, el símbolo es algo que hace pasar; nos hace pasar los límites, transgredirlos sin violarlos. Y nos hace pasar precisamente porque con su cuerpo crea un límite, un espacio de paso, un lugar que es de nadie y de todos. Pero nunca da un conocimiento pleno o exhaustivo, sino siempre aproximado y con borrosidades, analógico. Esto no significa que se reduzca a una deducción trascendental, quedándose en indiferencia desde el lado de acá del límite: hace pasar al lado de allá del mismo, sólo que no de manera completa y clara. Nos hace tocar, ver, y no sólo pensar, imaginar; pero es un tocar con cierta lejanía (pp. 187-188).

El símbolo se halla a medio camino del naturalismo y del artificialismo lingüísticos. Es decir, tiene algo de naturalidad, pues se basa en cierta analogía, comparte cierta imagen con su significado, tiene algo de él. Pero no es plenamente natural: tiene también algo de artificialidad, de lejanía, de no-imagen. Y hay más de artificialidad que de naturalidad. Pero, pese al predominio de lo artificial, produce un acercamiento suficiente a lo que designa, y nos sacia con ello. En tanto que natural, no admite interpretaciones caprichosas; pero, en tanto que artificial, deja un margen amplio a diversas lecturas, aunque limitadas; finalmente, establece una jerarquía de interpretaciones (en lo cual consiste la analogía), donde unas son más válidas que otras (p. 189).

“La hermenéutica analógico-icónica se centra, pues, en el símbolo. Es, en cierto sentido, una hermenéutica simbólica o, mejor dicho, una hermenéutica simbolista, simbolizante, pues deja un buen espacio a la búsqueda de una entraña simbólica que tienen todos los lenguajes” (pp. 189-190).

En efecto, una hermenéutica del símbolo ha de ser necesariamente analógica e icónica, pues hay quienes niegan la posibilidad de interpretar el símbolo y afirman que sólo se puede vivir (postura equivocista). Hay también quienes entienden la interpretación de los símbolos como una mera traducción a la ciencia o la filosofía (postura univocista). En lugar de estas posturas extremas, Beuchot nos propone una vivencia y traducción limitadas, analógicas, que sólo llegan al límite de las dos exigencias o aspiraciones. “No se trata—dice— de buscar en los símbolos y en los mitos o en la poesía teorías científicas o filosóficas, ni siquiera conceptos explícitamente dados; sino explicitar lo implícito, dejar que los contenidos vitales que cobijan provoquen conceptos filosóficos en nosotros, que los hagan explícitos” (p. 192).

Continuando ahora con *Las caras del símbolo*, sigue un sólido texto en que se opera la aplicación de la hermenéutica analógica, por la mediación icónica, a la metafísica, considerada como experiencia del límite y, en ese sentido, relacionada con la mística (cap. 3), y al ser (cap. 4): aquí apreciamos con mayor claridad el contacto icónico con el ser que puede tener el hombre desde una perspectiva metafísica, aunque no cerrada a la mística, donde a veces no queda otro recurso de expresión sino la poesía.

Para ello, parte del notable encuentro en la Edad Media entre metafísica y mística, que resultó en una metafísica de la luz (de origen platónico) y una mística de la luz, y presenta la consideración filosófica que hicieron los medievales de la luz como instrumento para estudiar la inteligibilidad del ser. A partir de su análisis, el autor nos hace ver que la metafísica de la luz tiene siempre como límite la oscuridad, y que sólo se puede aprehender humanamente en los límites del claroscuro, esto es, con analogicidad. Aquí, las cosas materiales son los íconos de las ideas ejemplares divinas, en cuya contemplación consiste la verdadera metafísica; pero sólo se da por esa remisión que las cosas nos dan hacia ellas. El hombre, en cuanto microcosmos, va recibiendo la luz de esas formas a través de la consideración de las cosas y de sí mismo, por una introspección agustiniana que lo hace trascenderse y tras-

cender el propio macrocosmos, hacia el Ser y Dios. Sólo mediante esa luz analógica del Ser y de Dios se puede captar la conciliación de los opuestos, para llegar a una síntesis superior. Lo anterior nos lo hace ver analizando la semántica analógica de Eckhart y haciéndonos ver cómo ese filósofo y místico evita el panteísmo mediante el recurso a la analogía.

Por otra parte, la imagen del hombre como microcosmos nos impulsa a un conocimiento más hondo del mundo, del misterio. Nos hace buscar, además, la cohesión entre la metafísica y la ética a través de una instancia antropológico-filosófica que nos ayuda a captar más plenamente. Allí se da un conocimiento analógico e icónico, que con todas las facultades del hombre que somos nos conecta con el ser. En esta reflexión sobre la experiencia profunda del ser procede Beuchot relacionando lo vivencial y la captación dinámico-momentánea del ser a través de la mediación de la poesía, que es una suerte de descripción eidética que resume y abstrae como hipostasiando, en un ícono, y que nos muestra lo universal en lo particular, nos explicita el universal atemático e implícito que se da en lo singular. La poesía es abstractiva del tiempo, y el autor la aplica como acercamiento a las realidades negativas que nos manifiestan y descubren la presencia del ser.

El capítulo anterior, en su reflexión sobre el ser, nos conduce a querer ver, con mística y religiosidad supremas, el rostro de Dios. Pero, antes o al mismo tiempo, nos hace adoptar una opción ética, establece una ontología comprometida: nos abre, pues, a la ética y a la dimensión de la alteridad (cap. 5).

La crisis actual no es sólo económica, social o política; es ante todo una crisis de sentido. No sólo en el pensamiento, sino también crisis de valores que, por tanto, afecta a la ética. Se instauró un relativismo axiológico que busca la manera de fundamentar algo valioso, pero dentro de un ámbito de variación que impida que todo se hunda en el caos. Se busca, pues, un fundamento, pero no a la manera de los meta-relatos duros o fuertes modernos. Es en este sentido que, en búsqueda de dicho fundamento, hay que mirar a la metafísica con ojos antropológicos, humanistas, cargados de ética. Hay que ver al ser, al ente, en su mejor ícono, en el hombre, y en el más cuestionador y convocante: el prójimo, el otro. El ser es el otro. Por ello nos propone Beuchot que, si queremos sentar las bases de nuestro comportamiento moral, no debemos partir de nosotros mismos, sino del otro como de un ícono nuestro, como de un análogo a nosotros. Desde nuestro reconocimiento de nosotros mismos como microcosmos, se puede dar el reconocimiento del otro como un microcosmos también, el de todos como un conjunto de universos de sentido.

Y para fundamentar y acompañar a esta ética es posible obtener una metafísica no dogmática ni logocéntrica. Una metafísica a la vez crítica o discursiva y viva, que no traicione lo pre-racional, lo intuitivo y lo sentido, e incluso lo emotivo. La razón, la racionalidad y el discurso no pueden hacer violencia a lo intuitivo. Una metafísica con fundamento pre-científico, tanto en lo mítico como en lo simbólico, que preste atención a los símbolos del otro.

No olvidemos que en el símbolo vemos lo abstracto en lo concreto; en lo particular se nos muestra lo universal. Y allí encontramos la iconicidad, que es pasar del fragmento al todo. Encontramos, en definitiva, la analogicidad. Algo inferior nos conduce a algo superior: pero sólo puede hacerlo de manera analógica, icónica. En suma, la utilización del símbolo es una manera de universalizar, pero sin perder ni difuminar las diferencias, pues el símbolo no opera como el signo científico, sino que respeta la diversidad. En otras palabras, se trata de iconizar, simbolizar, universalizar de manera intuitiva, saber ver lo universal en lo particular, lo diacrónico en lo sincrónico, sin perderlos. Dar símbolos a los hombres, ofrecerles paradigmas de acción y de sentido, ético y metafísico, como lo dice en el otro texto a que hemos aludido:

“el símbolo puede dar a la metafísica un suelo vital y nutricio que le permita recoger o colectar, después de haberlos cultivado con su vivencia y su interpretación, conceptos que correspondan a las estructuras existenciales o existenciales del hombre, de modo que nos dé un pensamiento vivo, capaz de brindar sentido para la existencia del hombre. Que nos dé una metafísica nueva, diferente, más viva, que no se quede en metarrelato cerrado y establecido, sino que sea un dia-relato abierto y superador del nihilismo y del hedonismo, del pesimismo y la desesperación, que abrogan al sujeto suplantándolo por un sujeto más fuerte [...].

[...] El símbolo puede abrir una puerta hacia lo real, hacia la naturaleza, hacia la esencia. Una salida pobre, analógica, pero lo bastante firme y suficiente para colmar nuestras ansias.

Una metafísica que tome en cuenta el símbolo será capaz de rescatar al hombre del sinsentido, le dará sentido, más allá de la benéfica experiencia del nihilismo.

[...] No trata de ser metarrelato sino dia-relato, algo que no se impone desde arriba, *a priori*, sino que asciende *a posteriori*, por un movimiento icónico, hacia los principios y las esencias. Admite un fundamento no conocido de manera dura, no de manera cierta, sino de manera aproximativa, proporcional, analógica” (*Tratado*, 193-194).

El capítulo 6 consiste justamente en una reflexión sobre el ícono que es la imagen del hombre como microcosmos. Esta idea, muy presente ya en la Edad Media, nos viene desde los griegos y, más que imagen, es un símbolo que conlleva la idea de una metafísica vivenciada, experiencial, que conecta al ser humano con todas las dimensiones de la realidad. Es una metafísica interpretante de todo lo que el hombre comprende porque lo posee y participa de él. Y es, por ello, una metafísica viviente en el hombre que la elabora, y una hermenéutica igualmente viva, porque la descubre en el mundo; la lee y la interpreta en el gran texto del cosmos.

En tanto que una de las tareas fundamentales del ser humano es la búsqueda de sentido, y esto es lo que se encuentra justamente en crisis en la actualidad, nos dice Beuchot que un aspecto muy importante del sentido es la clave del “situarse en el mundo como un asiento de afecto, de gozo, de

apreciación de lo que se pueda alcanzar en él de verdadero y de valioso. Este sentido no alcanza a proporcionarlo el saber explicativo de la ciencia [...]. Lo da, en cambio, el símbolo, que es objeto de saberes más modestos, como el mito, la metáfora y ahora algunas de las disciplinas filosóficas” (p. 63).

El único riesgo consiste en convertir ese ícono en ídolo, pues si bien la imagen del microcosmos puede servirle al ser humano para abrirse a lo otro, a la alteridad, puede también servirle para encerrarse en sí mismo, dependiendo de que la imagen funcione como ícono o como ídolo.

Continúa con la aplicación del ícono a la referencia religiosa (cap. 7), en tanto que la religión tiene su imaginación propia, su imaginario, el cual acompaña a la fe, y dado que las imágenes, íconos y símbolos mueven a veces más que las ideas, con todos los beneficios y peligros que esto conlleva: las imágenes, incluso la de Dios, pueden ser íconos o ídolos. Pero si el ícono y el ídolo tienen como función dar visibilidad, hacer visible algo invisible, cada uno lo hace de modo distinto. El ícono no nos refleja a nosotros mismos, nos remite a otro; en cambio, el ídolo es un espejo, nos devuelve la mirada, nos hace vernos sólo a nosotros mismos. Uno atrae la mirada hacia sí mismo, y la detiene indebidamente, en tanto que el otro se disminuye y se oculta, para dejar ver aquello hacia lo que remite. Pero el ícono no nos da la apariencia engañosa de estar presentando el misterio como si lo agotara: lo invisible permanece siempre invisible. De manera que el ícono tiene una función epifánica, pero es una manifestación que respeta el misterio y no tiene la pretensión de ser una *hybris* de la imagen: en el ícono el *apocalypsis* substituye a la *aisthesis*.

Ahora bien, dada la necesidad y urgencia de abrimos hacia la alteridad, se plantea en el capítulo 8 la problemática del acceso al otro, de la acogida del otro, de la constitución del otro como otro y del significado que tiene el otro para nosotros. La mirada del otro, aun con el riesgo de convertirse en ídolo, es como un ícono que ilumina el sendero: es el verdadero símbolo que hace pasar al otro lado, de la inmanencia a la trascendencia. Tanto la del otro como la del Otro.

El capítulo 9 se refiere a la dimensión ética de la iconicidad. Este capítulo es una reformulación de dos artículos publicados anteriormente⁵, uno, del propio Beuchot, y otro –incluido como apéndice–, la respuesta de Eugenio Trías al mismo Beuchot, y que versan sobre el pensamiento analógico o pensamiento de los límites de la igualdad y la diferencia. Beuchot añade, con todo, una reflexión a la réplica de Trías, en que muestra cómo la analogía es el camino para conjuntar de manera apropiada el sentido literal y el simbólico, la metonimia y la metáfora.

⁵ José Rubén SANABRIA, Mauricio BEUCHOT (Comps.), *Algunas perspectivas de la filosofía actual en México*, Sophía, México, D.F., Universidad Iberoamericana, 1997, pp. 271-291.

Concluye la obra con una reflexión (cap. 10), ya anunciada en el capítulo 8 al hablar de Jesús como ícono del Padre y del hombre como ícono de Dios, del humanismo cristiano como humanismo analógico. Beuchot aplica la reflexión sobre la iconicidad y la analogicidad al humanismo, presentándolo como un humanismo analógico-icónico, justamente como un proyecto para edificar algo después de la crítica heideggeriana al humanismo. Es interesante la exposición que hace el autor sobre el origen y sentido del término y del concepto de "humanismo". Así, si en un principio la base del humanismo era el reconocimiento de la alta dignidad del ser humano, dignidad por encima de los otros seres del mundo, y su semejanza con respecto al creador, con el paso del tiempo se quiso hacer del humanismo un sinónimo de oposición a la religión, hasta llegar a decretar la muerte de Dios; pero "muchos de los epígonos nietzscheanos no se contentan con eso, y hablan de la muerte del hombre, de la imposibilidad del humanismo, como lo hace Heidegger" (p. 103).

Beuchot pugna por un humanismo cristiano. Pero ese es un concepto contradictorio para muchos autores; de ahí que comience con la crítica de quienes propugnan la muerte del sujeto y la muerte de Dios y nos proponga un humanismo cristiano que resalte, en cuanto humanismo, la dignidad y autonomía del hombre (que, por tanto, sólo puede ser un humanismo altruista, solidario, responsable), y, en cuanto, cristiano, que haga compatibles esa dignidad y autonomía con la idea de Dios, de un Dios que busca la realización del ser humano.